

1

La policía secreta convocó a Rebecca Hoffmann un lunes lluvioso de 1961.

La mañana había empezado como otra cualquiera. Su marido la acompañó al trabajo en su Trabant 500 color canela. Las antaño elegantes calles del centro de Berlín aún conservaban solares arrasados por los bombardeos de la guerra, salvo allí donde se habían construido nuevos edificios de hormigón que se alzaban erguidos como dientes falsos y mal emparejados. Hans iba pensando en su trabajo mientras conducía.

—Los tribunales están al servicio de los jueces, de los abogados, de la policía, del gobierno... de todo el mundo menos de las víctimas de la delincuencia —comentó—. Algo así es de esperar en los países capitalistas occidentales, pero bajo el comunismo los tribunales deberían estar claramente al servicio del pueblo. Mis colegas no parecen darse cuenta de ello. —Hans trabajaba en el Ministerio de Justicia.

—Llevamos casi un año casados y te conozco desde hace dos, pero nunca me has presentado a ninguno de tus colegas —repuso Rebecca.

—Te aburrirían —adujo él de inmediato—. Son todos abogados.

—¿Hay alguna mujer entre ellos?

—No. En mi sección, por lo menos, no.

Hans ocupaba un puesto administrativo: designaba jueces, programaba juicios, gestionaba los tribunales.

—De todas formas me gustaría conocerlos.

Su marido era un hombre fuerte que había aprendido a controlarse. Mientras lo miraba y ante su insistencia, Rebecca percibió en sus ojos un conocido destello de rabia, y vio que la reprimía echando mano de su fuerza de voluntad.

—Ya quedaré con ellos —dijo Hans—. Quizá podríamos ir todos a un bar alguna tarde.

De los hombres que había conocido Rebecca, Hans era el primero que estaba a la altura de su padre. Era seguro y autoritario, pero siempre la escuchaba. Tenía un buen trabajo; no mucha gente disponía de coche propio en la Alemania Oriental. Los hombres que trabajaban para el gobierno solían ser comunistas de la línea dura, pero Hans, por sorprendente que fuera, compartía el escepticismo político de Rebecca. Igual que su padre, era alto, apuesto y vestía bien. Era el hombre al que había estado esperando.

Durante su noviazgo solo dudó de él en una ocasión, y de forma muy breve. Habían sufrido un accidente de tráfico sin importancia. La culpa fue del otro conductor, que había salido de una calle lateral sin detenerse. Cosas como esa sucedían todos los días, pero Hans se puso hecho una furia. Aunque el daño sufrido por ambos coches era mínimo, llamó a la policía, les enseñó su carnet del Ministerio de Justicia y consiguió que detuvieran al otro hombre por conducción temeraria y lo llevaran a la cárcel.

Después se disculpó con Rebecca por haber perdido los estribos. Ella, asustada ante su afán de venganza, había estado a punto de poner fin a la relación, pero Hans le explicó que ese día no era dueño de sí mismo por culpa de las presiones del trabajo, y ella decidió creerlo. Su fe se había visto justificada: Hans nunca volvió a hacer nada semejante.

Cuando llevaban un año saliendo, y seis meses durmiendo juntos casi todos los fines de semana, Rebecca se preguntó por qué no le proponía matrimonio. Ya no eran unos niños: ella tenía entonces veintiocho años y él treinta y tres, así que fue ella quien se lo pidió. A Hans le sorprendió la proposición, pero aceptó.

En ese momento detuvo el coche frente a la escuela donde trabajaba Rebecca. Era un edificio moderno y bien equipado: los comunistas se tomaban muy en serio la educación. Frente a las puertas de la verja, cinco o seis chicos mayores esperaban fumando cigarrillos junto a un árbol. Rebecca no hizo caso de sus miradas insistentes y besó a Hans en los labios. Después bajó del coche.

Los chicos la saludaron con educación, pero ella sintió la avidez con que esos ojos adolescentes devoraban su figura mientras cruzaba el patio de la escuela sin esquivar los charcos.

Rebecca pertenecía a una familia con inclinaciones políticas. Su abuelo había sido socialdemócrata y miembro del Reichstag, el Parlamento alemán, hasta que Hitler llegó al poder. Su madre, concejala del ayuntamiento durante el breve período de democracia que vivió el Berlín oriental tras la guerra, también por el Partido Socialdemócrata. Sin embargo, la Alemania Oriental se había convertido en una tiranía y Rebecca no le

veía ninguna utilidad a meterse en política, por lo que había canalizado su idealismo hacia la educación con la esperanza de que la siguiente generación fuese menos dogmática, más compasiva, más lista.

Al llegar a la sala de profesores consultó el horario de sustituciones en el tablón de anuncios. Le habían doblado la mayoría de las clases, así que tendría a dos grupos de alumnos apretujados en una sola aula casi todo el día. Ella impartía la asignatura de ruso, pero también le habían adjudicado una sustitución de inglés. Rebecca no lo hablaba, aunque sí tenía algunas nociones gracias a su abuela inglesa, Maud, que a sus setenta años seguía siendo una mujer batalladora.

Era la segunda vez que le pedían a Rebecca que diera una clase de inglés, y empezó a pensar en algún texto. En la ocasión anterior había utilizado uno de esos panfletos que repartían entre los soldados estadounidenses para explicarles cómo tratar con los alemanes: a los alumnos les había parecido divertidísimo, y también habían aprendido mucho. Ese día quizá escribiría en la pizarra la letra de una canción que todos conocieran, como el *Twist*, que constantemente sonaba por la radio del ejército de Estados Unidos, la American Forces Network, y les pediría que la tradujeran al alemán. No sería una clase convencional, pero sí lo mejor que podía improvisar.

La escuela adolecía de una grave escasez de profesores porque la mitad del personal había emigrado a la Alemania Occidental, donde los salarios eran de trescientos marcos más al mes y la gente era libre. Lo mismo sucedía en casi todas las escuelas de la Alemania Oriental. Y no se trataba solo de los profesores. Los médicos podían duplicar sus ingresos emigrando a Occidente. La madre de Rebecca, Carla, era jefa de enfermeras en un gran hospital del Berlín oriental y se subía por las paredes a causa de la falta tanto de enfermeras como de médicos. Lo mismo sucedía en la industria, e incluso en las fuerzas armadas. Era una crisis nacional.

Mientras Rebecca apuntaba a toda prisa la letra del *Twist* en un cuaderno e intentaba recordar aquel verso que hablaba de una hermana pequeña, algo así como «my little sis», el subdirector entró en la sala de profesores. Bernd Held era seguramente el mejor amigo que tenía Rebecca fuera de la familia. Contaba cuarenta años y era un hombre delgado y de cabello oscuro, y tenía una cicatriz lívida que le cruzaba la frente porque lo había alcanzado un fragmento de metralla mientras defendía las colinas de Seelow durante los últimos días de la guerra. Era profesor de física, pero compartía el interés de Rebecca por la literatura rusa, y un par de veces a la semana comían juntos el bocadillo a mediodía.

—Escuchad todos —dijo Bernd—, me temo que traigo malas noticias. Anselm nos ha dejado.

Se produjo un murmullo de sorpresa. Anselm Weber, el director del colegio, era un comunista leal: todos los directores tenían que serlo. Sin embargo, al parecer sus principios se habían visto superados por el atractivo de la prosperidad y la libertad de la Alemania Occidental.

—Yo ocuparé su lugar hasta que se designe un nuevo director —siguió informando Bernd.

Rebecca y los demás maestros de la escuela sabían que, si era cuestión de capacidades, el propio Bernd debía ser elegido para el cargo. Pero Bernd quedaba descartado porque no quería afiliarse al Partido Socialista Unificado, el SED, comunista en todo salvo en el nombre.

Por ese mismo motivo Rebecca jamás llegaría a directora de escuela. Anselm le había suplicado que se uniera al partido, pero eso era imposible. Para ella habría sido como ingresar en un manicomio y fingir que todos los demás internos estaban cuerdos.

Mientras Bernd detallaba las medidas temporales que se tomarían para solventar la emergencia, Rebecca se preguntó cuánto tardaría la escuela en recibir al nuevo director. ¿Un año? ¿Durante cuánto tiempo se prolongaría aquella crisis? Nadie lo sabía.

Antes de la primera clase abrió su casillero, pero estaba vacío. El correo no había llegado aún. Quizá también el cartero se había marchado a la Alemania Occidental.

La carta que pondría su vida patas arriba todavía estaba por llegar.

Impartió su primera clase, en la que comentó el poema ruso *El jinete de bronce* ante un nutrido grupo de alumnos de diecisiete y dieciocho años. Era una lección que había dado todos los años desde que empezó a trabajar de maestra. Como siempre, guiaba a los chicos hacia el análisis soviético ortodoxo y explicaba que Pushkin resolvía el conflicto entre el interés personal y el deber público en favor de este último.

A la hora de comer Rebecca llevó su bocadillo al despacho del director y se sentó al enorme escritorio, delante de Bernd. Contempló la estantería de baratos bustos de cerámica: Marx, Lenin y el dirigente comunista de la Alemania del Este, Walter Ulbricht. Bernd siguió su mirada y sonrió.

—Anselm ha sido astuto —dijo—. Se ha pasado años fingiendo ser un verdadero creyente y de pronto... ¡Bum! Se va.

—¿No te tienta la idea de marcharte? —preguntó Rebecca—. Estás divorciado, no tienes hijos... Nada te ata.

Él miró a un lado y a otro, como si creyera que alguien podía estar escuchando, después se encogió de hombros.

—Lo he pensado... ¿Quién no? —contestó—. ¿Y tú? Tu padre trabaja en Berlín Oeste, ¿verdad?

—Sí. Tiene una fábrica de televisores, pero mi madre está decidida a quedarse en el Este. Cree que debemos solucionar nuestros problemas, no huir siempre de ellos.

—La conozco. Es una fiera.

—Dice la verdad. Además, la casa donde vivimos pertenece a su familia desde hace generaciones.

—¿Y qué piensa tu marido?

—Vive entregado al trabajo.

—O sea que no tengo que preocuparme por perderte. Bien.

—Bernd... —empezó a decir Rebecca, pero luego vaciló.

—Escúpelo.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Desde luego.

—Dejaste a tu esposa porque te engañaba con otro, ¿verdad?

Bernd se puso tenso, pero contestó.

—Así es.

—¿Cómo lo descubriste?

Él se estremeció, como si de repente hubiera sentido una punzada de dolor.

—¿Te molesta que te lo pregunte? —dijo Rebecca con inquietud—. ¿Es demasiado personal?

—A ti no me importa contártelo —repuso él—. Se lo planteé abiertamente y ella lo admitió.

—Pero ¿qué fue lo que hizo que sospecharas?

—Un montón de pequeñas cosas...

Rebecca lo interrumpió.

—Suena el teléfono, descuelgas y te encuentras con varios segundos de silencio, después la persona del otro lado de la línea cuelga.

Bernd asintió.

—Tu pareja rompe una nota en trozos muy pequeños y los tira por el retrete —siguió explicando Rebecca—. El fin de semana lo convocan a una reunión imprevista. Por las noches pasa horas escribiendo cosas que no quiere enseñarte.

—Ay, vaya —dijo Bernd con tristeza—. Estás hablando de Hans.

—Tiene una amante, ¿verdad? —Dejó su bocadillo en la mesa; había perdido el apetito—. Dime sinceramente lo que piensas.

—Lo siento mucho.

Bernd la había besado una vez cuatro meses atrás, el último día del primer trimestre. Se estaban despidiendo y se habían deseado una feliz

Navidad, y entonces él la asió del brazo con suavidad, inclinó la cabeza y le dio un beso en los labios. Rebecca le pidió que no volviera a hacerlo nunca, y le dijo que le gustaría seguir teniéndolo como amigo; al regresar a la escuela en enero, ambos actuaron como si nada de aquello hubiese sucedido. Unas semanas después, Bernd le dijo incluso que tenía una cita con una viuda de la misma edad que él.

Rebecca no quería transmitirle falsas esperanzas, pero él era la única persona con quien podía hablar además de su propia familia, y a ellos no quería preocuparlos. Todavía no.

—Estaba tan segura de que Hans me quería... —dijo, y se le arrastraron los ojos en lágrimas—. Yo lo quiero.

—Tal vez sí te quiere. Hay hombres incapaces de resistir la tentación.

Rebecca no sabía si Hans se sentía satisfecho con su vida sexual. Nunca había protestado, pero solo hacían el amor una vez a la semana más o menos, lo cual ella creía que era poco para estar recién casados.

—Lo único que deseo es tener mi propia familia. Una igual que la de mi madre, donde todos se sientan queridos, apoyados y protegidos —confesó—. Pensaba que con Hans podría tener eso.

—Quizá todavía puedas —repuso Bernd—. Una aventura no tiene por qué ser el final de un matrimonio.

—¿En el primer año?

—No es bueno, lo admito.

—¿Qué voy a hacer?

—Deberías preguntárselo. Puede que lo reconozca o puede que lo niegue, pero así sabrá que te has dado cuenta.

—Y luego ¿qué?

—¿Qué quieres tú? ¿Te divorciarías de él?

Rebecca negó con la cabeza.

—Jamás lo abandonaría. El matrimonio es una promesa. No puedes mantener una promesa solo cuando te va bien. Hay que mantenerla aunque no te apetezca. Ese es su significado.

—Yo hice lo contrario. Debes de creer que actué mal.

—No te juzgo, ni a ti ni a nadie. Solo hablo por mí misma. Quiero a mi marido y deseo que me sea fiel.

La sonrisa de Bernd reflejaba admiración pero también pesar.

—Espero que consigas lo que quieres.

—Eres un buen amigo.

Sonó el timbre de la primera clase de la tarde. Rebecca se levantó y volvió a guardar el bocadillo en su envoltorio de papel. No iba a

comérselo, ni en ese momento ni después, pero le horrorizaba tirar la comida, como a la mayoría de quienes habían vivido la guerra.

—Gracias por escucharme —le dijo a Bernd, y se secó los ojos humedecidos con un pañuelo.

—No he sido de mucho consuelo.

—Sí, sí que lo has sido. —Y salió.

Mientras se dirigía al aula de la clase de inglés se dio cuenta de que no había preparado la letra del *Twist*. De todas formas, llevaba siendo maestra el tiempo suficiente para poder improvisar.

—¿Quién ha oído una canción que se llama el *Twist*? —preguntó en voz alta al entrar por la puerta.

Todos la conocían.

Se acercó a la pizarra y cogió un trozo de tiza.

—¿Qué dice la letra?

Los alumnos se pusieron a gritar todos a la vez.

«Come on baby, let's do the Twist», escribió Rebecca en la pizarra.

—¿Cómo se dice eso en alemán? —preguntó entonces, y durante un rato olvidó sus problemas.

En la pausa de la tarde encontró una carta en su casillero. La llevó consigo a la sala de profesores y se hizo un café instantáneo antes de abrirla. Cuando la leyó, la taza se le cayó al suelo.

La única hoja de papel que contenía llevaba el membrete del Ministerio de Seguridad del Estado. Ese era el nombre oficial de la policía secreta; extraoficialmente, todos la conocían como «la Stasi». La carta estaba remitida por el sargento Scholz, quien le ordenaba que se presentara en su despacho de la jefatura para someterse a un interrogatorio.

Rebecca limpió el líquido que había vertido, se disculpó ante sus compañeros, fingió que no sucedía nada y se fue al servicio de señoras, donde se encerró en un compartimento. Necesitaba pensar antes de confiarle aquello a nadie.

En la Alemania del Este todo el mundo estaba al tanto de la existencia de esas cartas, y todo el mundo temía recibir una algún día. Significaba que algo iba mal: puede que ese algo fuera insignificante, pero había llamado la atención de los vigilantes. Por lo que explicaba la gente, sabía que aducir inocencia no servía de nada. Los policías reaccionarían asegurando que debía ser culpable de algo; si no, ¿por qué habrían de interrogarla? Insinuarles que habían cometido un error equivalía a insultar su competencia, lo cual también era delito.

Al leerla otra vez, vio que tenía cita para las cinco de esa misma tarde.

¿Qué había hecho? Su familia era altamente sospechosa, por supuesto. Su padre, Werner, era un capitalista con una fábrica que el gobierno de la Alemania del Este no podía tocar porque estaba en el Berlín occidental. Su madre, Carla, era una socialdemócrata reputada. Su abuela, Maud, hermana de un conde inglés.

Sin embargo, las autoridades llevaban un par de años sin molestar a la familia, y Rebecca había supuesto que su matrimonio con un funcionario del Ministerio de Justicia le habría otorgado cierta respetabilidad. Era evidente que no.

¿Había cometido algún delito? Poseía un ejemplar de *Rebelión en la granja*, la alegoría anticomunista de George Orwell, que era ilegal. Su hermano pequeño, Walli, tenía quince años, tocaba la guitarra y cantaba canciones protesta estadounidenses como *This Land is Your Land*. A veces Rebecca pasaba a la parte oeste de la ciudad para ver exposiciones de pintura abstracta. Los comunistas eran tan conservadores en cuestiones de arte como las matronas victorianas.

Se lavó las manos y se miró en el espejo. No parecía asustada. Tenía la nariz recta, la barbilla rotunda y ojos castaños de mirada intensa. Su cabello era oscuro y rebelde, y lo llevaba bien peinado hacia atrás. Como era alta y tenía un aire escultórico, había a quien le resultaba intimidante. Era capaz de enfrentarse a un aula llena de bulliciosos jóvenes de dieciocho años y hacerlos callar con una única palabra.

No obstante, estaba amedrentada. Lo que más miedo le daba era saber que la Stasi podía hacer cualquier cosa. No tenían ninguna limitación real: quejarse de ellos era un delito en sí mismo. Y eso le hizo pensar en el Ejército Rojo al final de la guerra, cuando los soldados soviéticos habían gozado de libertad total para robar, violar y asesinar a alemanes, y habían hecho uso de esa libertad en una bacanal de barbarie indescriptible.

La última clase que Rebecca dio ese día versaba sobre la construcción de la voz pasiva en la gramática rusa y fue un auténtico desastre, fácilmente la peor lección que había impartido desde que se sacó el título de maestra. A los alumnos no les pasó desapercibido que algo iba mal, y Rebecca se emocionó al ver que intentaban ayudarla todo lo posible, incluso haciéndole sugerencias útiles cuando se trababa y no encontraba la palabra adecuada. Gracias a su indulgencia, consiguió llegar hasta el final.

Al terminar las clases, Bernd se encerró en el despacho del director con varios funcionarios del Ministerio de Educación, supuestamente para discutir sobre cómo mantener la escuela abierta aunque faltara la mitad del personal. Rebecca no quería ir a la jefatura de la Stasi sin

informar a nadie por si decidían retenerla allí, así que le escribió una nota contándole que la habían citado.

Después tomó un autobús que la llevó por las calles mojadas hasta Normannenstrasse, en Lichtenberg, un barrio de las afueras.

La jefatura de la Stasi era un bloque de oficinas nuevo y horrendo. No estaba terminado; había excavadoras en el aparcamiento y andamios en uno de sus extremos. La construcción ofrecía un rostro adusto bajo la lluvia, aunque tampoco en un día de sol resultaba mucho más alegre.

Al cruzar la puerta, Rebecca se preguntó si volvería a salir de allí.

Atravesó el enorme atrio y presentó su carta en el mostrador de recepción, desde donde un hombre la acompañó arriba en ascensor. Su miedo crecía a medida que subían pisos. Salieron a un pasillo de paredes pintadas de un espantoso color amarillo mostaza y su acompañante la hizo pasar a una sala vacía salvo por una mesa con superficie de plástico y dos sillas incómodas, hechas de tubos metálicos. Se notaba un olor muy fuerte a pintura. Allí la dejó sola.

Estuvo sentada cinco minutos, temblando y esforzándose por no llorar. Le habría gustado ser fumadora: tal vez un pitillo la habría tranquilizado.

Por fin llegó el sargento Scholz, que era algo más joven que Rebecca —ella le echó unos veinticinco años— y llevaba consigo una carpeta delgada. Se sentó, se aclaró la garganta, abrió la carpeta y arrugó la frente. Rebecca pensó que estaba intentando aparentar importancia, y se preguntó si sería su primer interrogatorio.

—Es usted maestra en la Escuela Politécnica de Secundaria Friedrich Engels —dijo.

—Sí.

—¿Dónde vive?

Rebecca contestó, pero seguía desconcertada. ¿Acaso no conocía su dirección la policía secreta? Eso tal vez explicaba por qué le habían enviado la carta a la escuela y no a su casa.

Tuvo que facilitar los nombres y las edades de sus padres y sus abuelos.

—¡Me está mintiendo! —exclamó Scholz con aire triunfal—. Dice que su madre tiene treinta y nueve años y usted tiene veintinueve. ¿Cómo pudo traerla al mundo cuando tenía diez años?

—Soy adoptada —dijo Rebecca, aliviada al verse capaz de ofrecer una explicación inocente—. Mis padres biológicos murieron al final de la guerra, cuando una bomba destruyó nuestra casa.

Por aquel entonces Rebecca tenía trece años. Los proyectiles del Ejército Rojo no dejaban de caer, la ciudad estaba en ruinas y ella se

encontraba sola, confusa, aterrorizada. Al ver en ella a una adolescente voluptuosa, un grupo de soldados la habían elegido de entre otras mujeres para violarla. Carla la había salvado ofreciéndose en su lugar. Aun así, aquella terrorífica experiencia había provocado en Rebecca una actitud dubitativa y nerviosa en todo lo referente al sexo. Si Hans no se sentía satisfecho, estaba convencida de que tenía que ser por culpa de ella.

Se estremeció e intentó desterrar el recuerdo.

—Carla Franck me salvó de... —Rebecca se interrumpió justo a tiempo. Los comunistas negaban que los soldados del ejército ruso hubieran cometido violaciones, aunque todas las mujeres que habían estado en la Alemania Oriental en 1945 conocían la horrible verdad—. Carla me salvó —repitió, omitiendo los detalles polémicos—. Más adelante, Werner y ella me adoptaron oficialmente.

Scholz estaba tomando nota de todo. Aquel expediente no podía contener demasiada información, pensó Rebecca, pero algo debía de haber. Si tan poco sabía el sargento sobre su familia, ¿qué era lo que había llamado su atención?

—Es usted profesora de inglés —afirmó.

—No, soy profesora de ruso.

—Está mintiéndome de nuevo.

—No le miento, y tampoco he mentado antes —puntualizó ella con decisión. Le sorprendió verse hablando con él de esa forma desafiante. Ya no estaba tan asustada como hacía un rato, aunque quizá actuara con imprudencia. Puede que él fuera joven e inexperto, se dijo, pero seguía teniendo el poder de destrozarle la vida—. Estoy licenciada en Lengua y Literatura Rusa —siguió explicando, e intentó ofrecer una sonrisa cortés—. Soy la jefa del Departamento de Ruso de mi escuela, pero la mitad de los profesores se han ido a Occidente, y nos vemos obligados a improvisar. Por eso esta última semana he dado dos clases de inglés.

—¡O sea que tengo razón! Y en sus clases contamina las mentes de los niños con propaganda americana.

—Ah, vaya —profirió ella—. ¿Es por el folleto informativo de los soldados norteamericanos?

El sargento leyó una hoja con anotaciones.

—Aquí dice: «Tenga en cuenta que en la Alemania Oriental no hay libertad de expresión». ¿No es eso propaganda americana?

—Les expliqué a los alumnos que los americanos tienen un concepto premarxista de la libertad muy ingenuo —contestó Rebecca—. Supongo que su informante no mencionó nada de eso.

Se preguntó quién sería el chivato. Debía de ser un alumno, o quizá un padre al que le habían hablado de esa clase. La Stasi tenía más espías que los nazis.

—También dice: «Cuando esté en Berlín Este, no se dirija a los agentes de policía para preguntar una dirección. Al contrario que los policías estadounidenses, su cometido no es ayudarlo». ¿Qué tiene que decir a eso?

—¿No es verdad? —repuso ella—. Cuando era usted adolescente, ¿alguna vez le pidió a un *vopo* que le indicara cómo llegar a la estación del U-Bahn? —Los *vopos* eran agentes de la Volkspolizei, la policía de la Alemania del Este.

—¿No pudo encontrar algo más adecuado para enseñar a unos niños?

—¿Por qué no viene usted a nuestra escuela a dar la clase de inglés?

—¡Yo no hablo inglés!

—¡Tampoco yo! —exclamó Rebecca, y de inmediato lamentó haber alzado la voz.

Sin embargo, Scholz no estaba enfadado. De hecho, en cierto modo parecía intimidado. Era evidente que carecía de experiencia, pero ella no podía permitirse bajar la guardia.

—Tampoco yo —repitió, más calmada—. Así que voy inventando cosas sobre la marcha y aprovecho cualquier material en inglés que llega a mis manos. —Pensó que era el momento de mostrar un poco de falsa humildad—. Es evidente que he cometido un error, y lo siento mucho, sargento.

—Parece usted una mujer inteligente —comentó él.

Rebecca entornó los ojos. ¿Era una trampa?

—Gracias por el cumplido —dijo con un tono neutro.

—Necesitamos personas inteligentes, sobre todo mujeres.

—¿Para qué? —Estaba perpleja.

—Para tener los ojos bien abiertos, ver lo que sucede y hacernos saber cuándo algo va mal.

Rebecca se quedó estupefacta.

—¿Me está pidiendo que sea informante de la Stasi? —preguntó tras unos instantes.

—Es un trabajo importante, solidario —explicó el sargento—. Y fundamental en las escuelas, donde se forma la actitud de los jóvenes.

—Ya veo.

Lo que veía Rebecca era que ese sargento de la policía secreta había metido la pata hasta el fondo. La había investigado en su lugar de trabajo, pero no sabía nada acerca de su conocida familia. Si Scholz hu-

biese hecho averiguaciones sobre el entorno de Rebecca, jamás se habría dirigido a ella.

Ya imaginaba cómo debía de haber ocurrido. «Hoffmann» era un apellido muy común, y «Rebecca» tampoco era un nombre inusual. Era fácil que un novato cometiera el error de investigar a la Rebecca Hoffmann equivocada.

—Sin embargo, la gente que realiza ese trabajo debe ser absolutamente honrada y digna de confianza —siguió explicando el sargento.

Aquello era tan contradictorio que Rebecca casi no pudo contener la risa.

—¿Honrada y digna de confianza? —repitió—. ¿Para espiar a sus amigos?

—Desde luego. —Por lo visto no había percibido su ironía—. Y, además, tiene ventajas. —El sargento bajó la voz—. Sería usted una de nosotros.

—No sé qué decir.

—No tiene que decidirlo ahora. Vuelva a casa y piénselo. Pero no lo hable con nadie. Debe ser un secreto, evidentemente.

—Evidentemente.

Rebecca empezaba a sentir alivio. Scholz no tardaría mucho en descubrir que no era la persona adecuada para sus propósitos, y retiraría su oferta. Sin embargo, llegado ese punto ya le sería muy difícil dar marcha atrás e intentar incriminarla de nuevo por hacer propaganda del imperialismo capitalista. Tal vez lograra salir indemne de esa.

Scholz se puso de pie y Rebecca siguió enseguida su ejemplo. ¿Era posible que su visita a la jefatura de la Stasi terminara tan bien? Parecía demasiado bueno para ser cierto.

El sargento le sostuvo la puerta con cortesía y luego la acompañó a lo largo del pasillo. Cerca de las puertas del ascensor había un grupo de cinco o seis hombres de la Stasi conversando de forma animada. Uno de ellos le sonaba una barbaridad: era alto y de espaldas anchas, iba algo encorvado y llevaba un traje de franela gris claro que Rebecca conocía muy bien. Se lo quedó mirando, atónita, mientras se acercaba al ascensor.

Era su marido, Hans.

¿Qué hacía allí? Su primer pensamiento, fruto del miedo, fue que también a él lo hubieran sometido a un interrogatorio. Pero un instante después, por la forma en que estaban allí todos reunidos, se dio cuenta de que no lo trataban como a un sospechoso.

¿Qué, entonces? El corazón empezó a latirle con fuerza por el miedo, pero ¿de qué estaba asustada?

Tal vez su trabajo en el Ministerio de Justicia lo llevaba hasta allí de vez en cuando, pensó. Sin embargo, en ese momento oyó a uno de aquellos hombres decir:

—Pero, con el debido respeto, teniente...

Rebecca no pescó el resto de la frase. ¿Cómo que «teniente»? Los funcionarios no tenían rangos militares... ¡a menos que trabajaran para la policía!

Entonces Hans la vio.

Ella percibió todas las emociones que asomaron a su rostro: qué fácil era leerles la mente a los hombres. Al principio frunció el ceño, confuso, igual que si hubiera visto un objeto conocido en un contexto extraño, como una zanahoria en una biblioteca. Después abrió los ojos con espanto al comprender lo que estaba viendo, y su boca se abrió ligeramente. Sin embargo, fue la siguiente expresión la que más desconcertó a Rebecca: sus mejillas se oscurecieron con vergüenza y miró hacia otro lado con los ojos cargados de inequívoco sentimiento de culpa.

Ella no dijo nada durante unos segundos, intentando asimilar todo aquello. Después, sin entender aún lo que veía, se dirigió a él:

—Buenas tardes... teniente Hoffmann.

Scholz los miró con asombro y con miedo.

—¿Conoce usted al teniente?

—Bastante —respondió ella, luchando por no perder la compostura mientras una sospecha cobraba forma en su interior—. Empiezo a preguntarme si no me habrá tenido bajo vigilancia durante un tiempo.

Pero no era posible... ¿verdad?

—¿Ah, sí? —preguntó Scholz como un tonto.

Rebecca se quedó mirando a su marido esperando su reacción ante esa conjetura, con la esperanza de que la desterrara con una risa y enseguida le ofreciera una explicación inocente. Hans había abierto la boca como si fuera a hablar, pero ella se dio cuenta de que no tenía intención de decirle la verdad: al contrario, le pareció que su expresión era la de alguien que intenta inventar una historia a la desesperada pero no consigue que se le ocurra nada para explicar todos los detalles.

Scholz estaba al borde de las lágrimas.

—¡No lo sabía! —exclamó.

—Soy la esposa de Hans —dijo Rebecca sin dejar de mirarlo.

La expresión de su marido volvió a transformarse cuando la culpa dio paso a la rabia, y su rostro se convirtió en una máscara de furia. Al final tomó la palabra, pero no para decirle nada a Rebecca.

—Cierra la boca, Scholz.

Entonces ella estuvo segura, y su mundo se desmoronó a su alrededor.

Scholz estaba demasiado atónito para acatar la orden de Hans.

—¿Es usted... esa señora Hoffmann? —le preguntó a Rebecca.

Hans se movió llevado por el impulso de la rabia y arremetió contra Scholz con un potente rechazazo que le dio en toda la cara. El joven se tambaleó hacia atrás con el labio abierto.

—Maldito imbécil —dijo Hans—. Acabas de tirar a la basura dos años de meticuloso trabajo secreto.

—Las llamadas extrañas, las reuniones imprevistas, las notas que rompías en pedazos... —masculló Rebecca.

Hans no tenía una amante.

Era peor que eso.

Se sentía aturdida, pero sabía que aquel era el momento de descubrir la verdad, mientras todos seguían desprevenidos, antes de que empezaran a contar mentiras e inventar tapaderas. Hizo un esfuerzo para no flaquear.

—¿Te casaste conmigo solo para espiarme, Hans? —preguntó con frialdad.

Él se la quedó mirando sin contestar.

Scholz se volvió y se alejó tambaleándose por el pasillo.

—Id tras él —ordenó Hans.

Entonces se abrió el ascensor. Rebecca entró justo cuando Hans gritaba:

—¡Detened a ese idiota y encerradlo en una celda!

Se volvió para hablar con ella, pero las puertas del ascensor se cerraron y Rebecca apretó el botón de la planta baja.

Cruzó el atrio sin ver apenas nada por culpa de las lágrimas. Nadie le dirigió la palabra; sin duda era común encontrar allí a personas llorando. Atravesó el aparcamiento mojado por la lluvia hasta llegar a la parada del autobús.

Su matrimonio era una farsa. Le costaba asimilarlo. Se había acostado con Hans, lo había amado, se había casado con él, y durante todo ese tiempo él la había engañado. Una infidelidad podría considerarse un desliz temporal, pero Hans le había mentado desde el principio. Debía de empezar a salir con ella para poder espiarla.

Era evidente que nunca había tenido intención de casarse. En un principio seguramente no pretendió más que flirtear con ella para poder meterse en casa de la familia. Pero el engaño había funcionado demasiado bien. Debía de resultarle una verdadera sorpresa que ella le propusiera matrimonio. Tal vez se había visto obligado a tomar una

decisión: romper con ella y abandonar la vigilancia, o casarse y continuarla. Quizá sus jefes le habían ordenado que aceptara. ¿Cómo podía haberle mentado tan a conciencia?

Un autobús se detuvo en la parada y ella subió. Avanzó con la cabeza gacha hasta un asiento cerca del fondo y se tapó la cara con las manos.

Rememoró su noviazgo. Cada vez que había sacado a colación los temas que se habían interpuesto en sus relaciones anteriores —su feminismo, su anticomunismo, su estrecha relación con Carla—, él le había dado todas las respuestas correctas. Rebecca había creído que los dos eran almas gemelas; tanto, que casi parecía milagroso. Jamás se le había ocurrido que pudiera estar fingiendo.

El autobús avanzó lentamente por el paisaje de escombros viejos y hormigón nuevo en dirección al céntrico barrio de Mitte. Rebecca intentó pensar en su futuro, pero no lo lograba. Lo único que conseguía era volver sobre el pasado una y otra vez. Recordó el día de su boda, la luna de miel, su año de casada, y de pronto lo vio todo como una obra en la que Hans había representado un papel. Le había robado dos años de su vida, y eso la enfureció tanto que dejó de llorar.

Recordó también la tarde en que le había pedido que se casara con ella. Estaban paseando por el Parque del Pueblo, en Friedrichshain, y se detuvieron delante de la vieja Fuente de los Cuentos de Hadas a contemplar las tortugas esculpidas en piedra. Ella se había puesto un vestido azul marino, el color que más la favorecía. Hans, una americana de tweed nueva: aunque la Alemania Oriental era un páramo de la moda, él siempre lograba encontrar buenas prendas. Entre sus brazos, Rebecca se sentía segura, protegida, valorada. Deseaba estar con un hombre para siempre, y ese hombre era él. «¿Por qué no nos casamos, Hans?», le propuso con una sonrisa. Él le dio un beso. «Qué idea más estupenda», respondió.

«Fui una tonta —pensó Rebecca, esta vez con ira—, una tonta y una boba.»

Una cosa quedaba explicada. Hans no había querido tener hijos todavía. Le había dicho que prefería conseguir primero otro ascenso y buscar una casa para ellos solos. Antes de la boda nunca le había comentado nada de todo eso, y a Rebecca le sorprendió, puesto que ya tenían una edad: ella había cumplido los veintinueve años y él los treinta y cuatro. Por fin conocía la verdadera razón.

Cuando se apeó del autobús estaba hecha una furia. Caminó deprisa, luchando contra el viento y la lluvia, hacia la vieja casona de varios pisos donde vivía. Desde el vestíbulo, por la puerta abierta del sa-

lón principal, vio que su madre estaba enfrascada en una conversación con Heinrich von Kessel, que también había sido concejal socialdemócrata de la ciudad después de la guerra. Rebecca pasó por delante de la puerta sin decir nada. Su hermana Lili, que tenía doce años, estaba haciendo los deberes en la mesa de la cocina. Oyó el gran piano en la sala de estar; era su hermano Walli, que tocaba un blues. Rebecca subió al piso de arriba, donde compartía dos habitaciones con su marido.

Lo primero que vio al entrar en una de ellas fue la maqueta. Hans había estado trabajando en ella durante todo el año que llevaban casados y su intención era construir un modelo a escala de la Puerta de Brandemburgo con cerillas y pegamento. Todos sus conocidos tenían que guardarle las cerillas gastadas. La maqueta estaba casi terminada y se alzaba sobre una mesita en el centro de la habitación. Ya había acabado el arco central y los laterales, y solo le faltaba la cuadriga, el carro con tiro de cuatro caballos que había en lo alto, lo más difícil.

«Debía de aburrirse mucho», pensó Rebecca con amargura. Estaba claro que aquel proyecto era una forma de pasar las tardes que se veía obligado a estar con una mujer a quien no amaba. Su matrimonio era como esa maqueta, una copia endeble de la realidad.

Se acercó a la ventana y contempló la lluvia. Un minuto después, un Trabant 500 de color canela aparcó junto a la acera y Hans bajó de él.

¿Cómo se atrevía a entrar en la casa?

Rebecca abrió la ventana de golpe sin hacer caso de la lluvia que el viento arrastraba al interior.

—¡Fuera de aquí! —gritó.

Él se detuvo en la acera mojada y levantó la cabeza.

La mirada de Rebecca recayó en un par de zapatos de Hans que había en el suelo, junto a ella. Estaban hechos a mano por un viejo zapatero que había encontrado su marido. Cogió uno y se lo lanzó. Tuvo buena puntería y, aunque él se agachó, el zapato le dio en la coronilla.

—¡Bruja loca! —gritó Hans.

Walli y Lili acudieron a la habitación pero se quedaron en el vano de la puerta, mirando a su hermana mayor como si se hubiera convertido en otra persona, lo cual seguramente era cierto.

—¡Tú te casaste por orden de la Stasi! —gritó Rebecca desde la ventana—. ¿Quién de los dos está loco?

Lanzó el otro zapato y erró el tiro.

—Pero ¿qué haces? —preguntó Lili con voz atemorizada.

—Ha perdido la chaveta... —dijo Walli con una sonrisa burlona.

Fuera, dos transeúntes se detuvieron a mirar y una vecina asomó

por un portal para observarlos, fascinada. Hans los fulminó con la mirada. Era un hombre orgulloso, le mortificaba verse humillado en público.

Rebecca miró a su alrededor en busca de algo más para lanzarle y sus ojos se posaron en la maqueta de cerillas de la Puerta de Brandemburgo.

Se sostenía sobre una tabla de contrachapado. La levantó. Pesaba, pero podía moverla.

—Ay, madre —exclamó Walli.

Rebecca llevó la maqueta hasta la ventana.

—¡Ni se te ocurra! ¡Eso es mío! —gritó Hans.

Ella apoyó la base de contrachapado en el alféizar.

—¡Me has destrozado la vida, matón de la Stasi! —replicó.

Una de las mujeres que curioseaban se echó a reír con unas carcajadas desdeñosas y burlonas que resonaron por encima del repiqueteo de la lluvia. Hans se encendió de ira y miró en derredor intentando identificar el origen de ese sonido, pero no lo logró. Que se rieran de él era la peor forma de tortura.

—¡Deja esa maqueta donde estaba, furcia! —rugió—. ¡Llevo un año trabajando en ella!

—El mismo tiempo que llevo yo trabajando en nuestro matrimonio —contestó Rebecca levantando la Puerta de Brandemburgo.

—¡Te lo ordeno! —gritó Hans.

Rebecca inclinó la maqueta por la ventana y la soltó. La madera giró en el aire de tal forma que la tabla quedó hacia arriba y la cuadri-ga hacia abajo. Parecía tardar mucho en llegar al suelo, y por un instante el tiempo se detuvo para Rebecca. Entonces la madera se estrelló contra el pavimento del patio produciendo un sonido similar al del papel cuando se arruga. La maqueta se hizo pedazos y las cerillas salieron disparadas como en una onda expansiva, cayeron sobre la piedra mojada y quedaron pegadas allí, formando una corona de destrucción. La tabla yacía plana en el suelo; todo lo que sostenía antes había quedado reducido a la nada.

Hans la estuvo mirando un buen rato con la boca abierta por la conmoción.

Cuando al fin se recuperó, señaló a Rebecca con un dedo.

—Escucha bien lo que te digo —advirtió con una voz tan fría que de repente ella sintió miedo—: te arrepentirás de esto, te lo aseguro. Tú y tu familia. Os arrepentiréis de esto el resto de vuestra vida. Te lo prometo.

Volvió a subir al coche y se alejó de allí.